

Ventriloquia

Alfredo Jocelyn-Holt

Se conocen distintas formas de ventriloquia, no sólo la típica, en que una persona simula la voz de otra proveniente de un muñeco o títere. Desde luego, puede producirse espontáneamente, en cuyo caso estamos ante un cuadro, en realidad, histérico. Es lo que ocurre con los poseídos que hablan lenguas o emiten sonidos extraños, a los que a menudo suelen, igual, atribuírseles misteriosos o proféticos significados. Valga de ejemplo la pitonisa de Endor, cuya fuente de elocuencia residía supuestamente en la parte menos noble de su persona.

Para qué decir los "mediums", quienes hacen hablar a los difuntos. En estricto rigor, éstos también son ventrílocuos, no tan distintos, por lo demás, a nosotros los historiadores, quienes ocasionalmente nos valemos de ciertos "trances" imaginativos a fin de captar y transmitir lo que ocurrió en el pasado. A propósito, San Jerónimo lo dijo muy bien refiriéndose a las liberalidades asumidas por Suetonio: "Escribió los hechos de los Césares con la misma libertad

con que ellos los realizaron". Y eso que a nadie le cabe duda alguna que Suetonio es un gran historiador, aun cuando claramente parcial.

Traigo a colación estas disquisiciones sobre ventriloquia a fin de contextualizar dos libros, a mi juicio magníficos si bien polémicos, aparecidos recientemente. Me refiero, en primer lugar, a la "Carta abierta a Pinochet", de Marco Antonio de la Parra, texto denunciatorio, emplazador, en el cual el dramaturgo, en uno de sus mejores momentos de su creativa trayectoria, se las ve cara a cara con el destinatario por todos nosotros conocido. Pienso, sin embargo, que el mérito mayor del autor es hacer hablar —por eso calza con el género del que estamos aludiendo— al miedo y a la angustia que, desde hace años, hemos tenido frente al poder.

El segundo libro, "Carta apócrifa de Pinochet a un siquiatra chileno", de Sergio Marras, lejos de ser una respuesta a De la Parra, y menos aún una apología del general, hace otro tanto. Lo revela como una víctima más de su propio poder, sorprendido

de que no se le comprenda, y quizás lo más lúcido del libro, por primera vez capaz de enrostrarles a sus detractores que él no es otra cosa que un chileno de clase media más, fruto de circunstancias excepcionales que hicieron aflorar como nunca nuestra atávica predisposición autoritaria.

Evidentemente, el general tiene ahora, por primera vez también, quien le escriba. Ni sus más cercanos adherentes, ni él mismo, dicho sea de paso, en sus voluminosas pero impersonales memorias, habían captado el dilema político-moral que tal complejo personaje encarna, mejor que nunca, en estos dos textos. De ahí su valor para futuros intentos de comprensión histórica del fenómeno. En efecto, quienes hayan leído la reciente transcripción de una entrevista filmada al almirante José Toribio Merino, reproducida en un conocido semanario, apreciarán el justo acierto de textos como los de Marras y De la Parra. Lamentablemente, dejados a su propio arbitrio, ciertos personajes a la hora de hablar con su propia voz aparecen grotescamente burdos, demasiado idénticos a sí mismos.

El Mercurio 11-VI-1988, P43

50
AAF 5080